

IV

—¡Al fin!—exclamó Clara en el instante en que Camila penetraba en su saloncito—después de hace algunos años podemos conversar con libertad. Tengo mil cosas que decirte y lo menos dos mil que preguntarte. Ante todo abrázame. ¿Por ventura entre dos amigas antiguas como nosotras basta un apretón de manos?

Camila se dejó aplicar dos besos en las mejillas, sentándose en una marquesita.

—Ante todo, ¿por qué has dejado de escribirme?—le preguntó Clara.

—No he dejado de escribirte, son las circunstancias—repuso la joven con lentitud.

—¿Las circunstancias? ¡Dí la pereza! Siquiera hubieras contestado con dos renglones á la carta en que te participaba mi casamiento. ¡Pero cá! Ni siquiera una tarjeta. En fin, se te perdonará esto y todo lo demás.

Camila reprimió un ademán; la palabra perdón hería sus oídos.

—¿Siempre tan orgullosa?—dijo Clara sonriéndose.

—Eres una romana, estoica ante el dolor, y acorazada de orgullo ante los accidentes de la vida... Eres un carácter superior.

—He cambiado mucho—repuso Camilia ocultando su altanería.

—Entonces, tanto mejor, ó tanto peor—replicó Clara sonriéndose.—Vamos, no te pongas seria, pues ya sabes que te quiero tal como eres. Sin embargo, yo no he cambiado, sigo siendo una risueña tan incorregible como antes.

—¿Y tan burlona?—preguntó la joven dibujando una sonrisa casi imperceptible.

—Lo mismo, pero sin malicia, ya lo sabes, igual que antes. ¿Y tus tíos continúan igual?

—Así lo creo, no veo en ellos el menor cambio, me parece que están igual que antes.

—No me extraña; para apreciar estas cosas hay que vivir separados... ¡Te encuentro más hermosa! ¡No has envejecido!

—Tú tampoco—repuso Camila examinando el semblante de la joven esposa.—¿Qué edad tienes?

—Sigo teniendo diez y ocho meses menos que tú, unos veinticuatro años; pero estoy muy vieja.

—No me lo parece—dijo involuntariamente la señora Frogé.

—¡Oh, sí, la maternidad! Además yo he amamantado á mi Félix, y puedo asegurarte que el oficio de nodriza es muy penoso.

Camila bajó los ojos medio avergonzada.

—¿Siempre tan timorata?—dijo la señora Brécart.—Una estrella más que cae sobre mi plato, como decía el rey mago; á mí estas cosas no me ruborizan... ¿Y esto, quiere decir que yo sea mala? ¡Vamos, diló! ¡Tú te mueres de envidial! Aquí se puede hablar con entera li-

bertad; yo te doy el ejemplo. No es necesario ocuparnos de los hijos, ni del arreglo de la casa, ni de enfermedades... Estas cosas no son muy agradables; pero una esposa ha de conformarse con ellas. ¿Tú no piensas casarte?

—No—repuso Camila con sequedad.—Creo que no he nacido para el matrimonio.

—¡Pues es una cosa muy agradable! Tener á su lado, ó al otro extremo de la población una mitad de sí misma, que piensa en una y una piense en él; vivir para serle grata; inventar mil cosas que le causen una sorpresa agradable cuando vuelva á nuestro lado; poder decirse todo, reír y llorar apoyada sobre su hombro; cuando uno se despierta de noche presa de un mal sueño, tender la mano y asegurarse que el protector, el esposo está á nuestro lado... ¡Ah, perdón! mis palabras pueden molestarte. Discúlpame... Veo que no podrías acostumbrarte á estas cosas. En fin, no te lo repetiré; por lo demás, yo digo como mi *bebé*: *no lo he hecho con intención*. ¡Harás bien en no casarte, pues sería tu esposo quien se escandalizaría! Mira, ahora viene el mío.

En medio de aquel flujo de palabras entrecortadas por risas, se abrió la puerta del salón y apareció Pablo Brécart. Su hermosa y varonil figura se destacaba del delicado tono de la tapicería, como un retrato de los maestros italianos del fondo claro de sus cuadros. Su mirada era firme; la frente alta é inteligente; los rasgos finos y espirituales, con grande expresión de bondad en su sonrisa. Pablo Brécart entró en su casa como el hombre feliz que ama y sabe que es amado.

Dejó el sombrero sobre el primer mueble que en-

30278

contró y á la vez que avanzaba hacia las dos mujeres las iba mirando alternativamente, con ojo de artista, pero á la vez de pensador; su mirada se detuvo un instante sobre su mujer con dulzura infinita, después tendió la mano á Camila.

—Abrázale—dijo Clara empujando á la joven hácia su esposo.

Presentó sus mejillas, invadidas de repentino rubor. Brécart depositó un beso ceremonioso y acto seguido cogió una mano de su esposa, llevándola á sus labios. El rubor desapareció con rapidez de las mejillas de Camila, dejando solamente una sombra sobre sus pómulos algo salientes.

—¡Como nos volvemos á encontrar!—dijo Clara acomodándose en un sillón.—Hace seis años, siete, no sé cuántos siglos, que no hemos estado los tres juntos.

—¡Cuántas cosas no han pasado! ¿No es así?—preguntó Pablo á la joven medio sonriéndose.

—¡Mi vida carece de acontecimientos!—respondió Camila con vivacidad. Su frialdad y su cohibición habían desaparecido; se hubiese dicho era una planta que acababa de ser regada después de sufrir un día de ardiente sol.—¡Pero la vuestra! ¿Estáis contentos de vuestra suerte?

—¿Contento de mi suerte? ¡sí! ¡Dichoso de vivir! Usted quiere mucho á Clara ¿no es verdad, señorita? Puedo asegurarla que ella ha conservado por usted la más viva ternura. Usted se alegrará también sabiendo que somos completamente dichosos.

Clara movió dos ó tres veces la cabeza en señal de aprobación, arrellanándose en el sillón con ademanes

de niña feliz.—¿Nuestro matrimonio debe haberla sorprendido?—añadió Brécart, dirigiéndose siempre á Camila que le escuchaba con los ojos fijos en él.—Creo, que también sorprendió á todo el mundo. Al haberse fijado un poco, hubiesen podido descubrir nuestro secreto, mas por fortuna nadie reparó en él.

—¿El secreto de ustedes?—preguntó Camila sintiendo por grados invadirle un frío mortal.

—Sí; la madre de mi esposa era la única que le conocía; el señor Laugé quería un yerno *establecido* y yo no era lo que se llama un *establecido*; esperaba mi nombramiento para hacer la petición; pero cuando la hice, hacía un año que ya éramos prometidos.

—¡Un año!—repitió Camila.—¡Un año... y tú nada me dijiste—añadió volviéndose penosamente hacia Clara.

—No lo podía decir—respondió ésta con jovialidad.—Habíamos jurado mantener el secreto, mamá, Pablo y yo, lo mismo que los tres suizos en *Guillermo Tell* ¡Ah, qué tiempo más hermoso!—añadió la joven tendiendo la mano á su marido.

Es mejor el actual—respondió éste sonriéndose.

—¡Ah! ¿Erais novios?—dijo Camila con lentitud.

Bebé, seguido de su niñera, vino á anunciar que estaba servida la mesa. Brécart cogió á su hijo en brazos dirigiéndose hacia el comedor.

Camila, al desplegar la servilleta, no pudo dejar de admirar su fineza y blancura; el hermoso servicio de mesa era de porcelana sencilla, pero de color y dibujo muy agradables; la cristalería, elegante y sin pretensiones, el mobiliario más alegre que suntuoso; pero fino y armonioso en todos sus detalles; nada de todo esto se

parecía al mobiliario de 1840 de los esposos Frogé, ni al lujo burgués de las casas que sus ocupaciones diarias le hacían visitar. Nunca había visto un hogar como aquél, en vez de una lámpara, un ramo de flores rodeaba las bujías que en una especie de copa de cristal pendían del techo; soportes de madera tallada, colocados á lo largo de las paredes sostenían vasos llenos de flores; en el aparador no se veían pesados objetos de plata, ni vajillas completas; había sólo algunos platos de Sévres esparcidos, tazas de China, y por último, curiosas piezas de orfebrería antigua, ennegrecidas por el tiempo y el uso, rellenaban aquel mueble de una manera grata á la vista; nada de todo aquello, era clásico, y, sin embargo era lo que se ha convenido en llamar un *mobiliario artístico*.

Más que *ver*, Camila, *sentía* todas aquellas cosas extraordinarias; el descubrimiento que hizo momentos antes de abandonar el salón, la sumió en una semiobscuridad. No se daba cuenta de nada. La idea de que aquel hombre y aquella mujer eran felices, que la habían engañado ocultándole su amor, penetró como un clavo en su cerebro causándole un dolor insoportable.

Sin embargo, con el estoicismo de que tan orgullosa se sentía, trató de ahogar su sufrimiento esforzándose para mirar á su alrededor. Se le servía una comida excelente, platos delicados, de esos que las esposas cuyos maridos son un poco regalones, y que quieren atraerlos al hogar saben preparar; pero todo aquello estaba de más para la joven, apenas probaba los manjares que le servían, y con seguridad no hubiera podido decir si comió trufas ó habichuelas.

—¿No tienes apetito? ¿Te sientes mal?—le preguntó Clara con interés.

Camila se irguió como si hubiese sentido un latigazo y repuso con voz tranquila, vibrante, como la de una campana de metal.

—¡Admiro que podáis comer tantas cosas! Yo me contento con mucho menos; con un poco de pan, legumbres y un vaso de agua tengo suficiente.

Había algo de provocativo en su entonación y en la mirada que paseó con desdén sobre los postres colocados en el centro de la mesa. Pablo Brécart la miró con atención y una sombra pasó por sus ojos.

—¡La compadezco á usted!—dijo con una entonación grave que nunca empleaba con su esposa ni con su hijo.—Pierde usted una porción de goces insignificantes, muy inocentes y muy agradables.

—¡Agradables! no lo dudo—replicó Camila con una sonrisa especial;—inocentes, ya es distinto.

—¿Qué puede haber de culpable en comerse un pollo joven, tierno, en vez de un gallo viejo y duro?—añadió Clara.—No es en la diferencia que pueda haber entre un pollo y un gallo, en donde está la falta—repuso Camila con algún desdén—es en el placer que se encuentra en sacrificarse á la carne, en satisfacer los instintos materiales...—Pero—interrumpió Clara—dar gusto á mi instinto material, que hace que me gusten los guisantes ó las fresas, eso no impide que pueda ser buena mujer, buena esposa, buena madre, en una palabra: tener las virtudes necesarias para ser honrada. Bebé ¿quieres más guisantes de esos que han de ser la perdición de nuestras almas?

Bebé asistía con gravedad á la comida, acomodado en su sillón alto y desde hacía un momento mojaba de *ocultis* en su vaso con agua teñida con vino, un corcho y una corteza de pan; al oír que le llamaba su madre levantó la cabeza y viendo la cuchara llena de guisantes, cogió su plato con las dos manos y lo presentó para que le sirviesen; y después de haberle servido, metió la cara en el plato poniéndose echo una lástima.

—Para eso se tienen hijos—dijo filosóficamente Pablo Brécart, mientras que su esposa limpiaba la cara y las manos del culpable.

Este, que no se daba cuenta de lo que había hecho, tan pronto como se vió libre de la servilleta de su madre, volvió á presentar el plato diciendo:

—¡Más!

—Poco arrepentimiento—dijo su padre sonriendo—y si le tiene, por poco que sea ha de ser muy imperfecto; me parece que el suyo es de dos clases.

Camila no respondió. En otro tiempo, Pablo Brécart, pasó largas horas interpellando su estrecho misticismo; y con la misma voz ligeramente burlona, le exponía tan temibles casos de conciencia como este. ¿Se tiene derecho de matar á un conejo [que se acaba de comer la hierba de los demás? ¿No es un crimen el hacer pasar de la vida á la muerte muerte un alma que esté cargada con tan grave pecado mortal.

En un momento, la joven recordó los pasadas conversaciones, el caso que parecían hacer entonces de ella, la manera con que á veces se miraban los dos...

—¡Yo no era más que una pantalla!—pensaba;—de común acuerdo con ella, me hacía el amor para ocultar

su secreto... ¡Qué juego tan ruin! ¡Y yo pobre loca, que le creí!...

Su cólera, inmensa, furiosa, cedió de repente al oír la voz de Pablo Brécart que hablaba á su hijo con indecible ternura. Bébé merecía que le riñesen, todo lo que había estado haciendo en su vaso de agua mojando el corcho y el pan acababan de notarlo y gimoteando prometía no volverlo á hacer más.

—¿Lo cumplirás?—le decía su padre con seriedad mientras la ternura y el orgullo paternal se desbordaban por sus ojos.

—¡Ah!—se decía Camila.—¡Ojalá que nunca me hubiese hablado así! ¡Qué desgraciada soy! ¡Le adoro!

—Vamos—añadió Clara una vez hechas las paces con Bébé—¿crees que para ser buena es preciso hacerse voluntariamente desgraciada?

Ante pregunta tan directa Camila vaciló un momento; después repuso con lentitud:

—Los que saben imponerse privaciones son mejores que los que únicamente viven de la vida material.

—¿Mejores, ó solamente superiores? señorita Camila.

Pablo había hecho esta pregunta de un modo negligente como si no tuviese importancia; la joven se dejó sorprender.

—Con seguridad que son superiores; mejores ¿por qué no?

—¿Y la modestia, Camila qué hacemos de ella?—exclamó Clara riéndose—¡ya te he dicho que eres orgullosa! ¡He aquí que resultas superior á nosotros, porque no te gusta el pollo y por consecuencia mejor aun que

todos que comen guisantes! ¡muy superior al gordinflón de mi hijo! Por lo que á éste se refiere lo niego en absoluto; ¡no hay en el mundo nada mejor que él!

Aplicó un beso noble al rollizo semblante del niño, quien miró á Camila de reojo y con aire de triunfo, y amenazándola con su tenedor añadió con indignación:

—¡Hum!

Los dos esposos prorrumpieron en risas; Camila sonrió guardando silencio. Todo aquello le parecía soberanamente ridículo.

—¡Es posible que se embrutezcan de ese modo!— pensaba.—¡Las madres tienen derecho á ser tan necias como les parezca; pero estas expresiones deben guardarlas para la intimidad.

La infortunada joven no veía que al admitirla Clara en aquella intimidad le daba la mejor prueba de amistad y confianza; pero ignoraba todo lo que representa el sentimiento maternal; no sabía ni nunca podría comprender que la que es madre lo es en todas partes, y para todos; que su alma se hace generosa y expansiva; que á todos los niños los mira con ojos distintos de los con que antes les miraba; que tiene temores y sobresaltos por ellos, que nunca pudo sospechar; que la maternidad la hace indulgente hasta con los errores de los hombres, pues que pensará que su hijo, al ser mal educado, podría también ser malo y cruel.

Hay mujeres que han nacido madres, otras que lo llegan á ser; otras hay que no lo serán nunca, aunque lleguen á tener hijos. Camila era de estas últimas.

Concluyó la comida, los comensales volvieron al salón, por cuyas abiertas ventanas penetraba un buen

aroma de flores y verdor, la frescura de la fuente del Chatelet, la luz del crepúsculo y los alegres ruidos de la plaza; la campanilla del vendedor de cocos, las voces de los expendedores de billetes de los teatros, el rumor de la gente que se apretujaba á la puerta de los espectáculos, la multitud alegre y satisfecha de los domingos, todo un murmullo confuso.

Pablo se asomó á la ventana para fumar su cigarro, y las dos mujeres fueron á sentarse en la parte opuesta en sillones bajos y cómodos: Clara hizo rodar hacia el centro una jardinera llena de flores y para hacerla sitio apartó un sillón y recogió los espesos pliegues de una cortina.

—¡Dios mío, cuánto mueble, cuánto estorbo!—exclamó Camila cuando la joven volvió á sentarse.

—¡Sí, pero son tan bonitos!—repuso Clara.—No hay nada que me guste más que el vivir en una casa bien amueblada, bien organizada, donde todo está en su sitio y al alcance de la mano.

—¡Pero también, cuánto estorbo!

—¡No!

—¡Y cuando hay que mudarse?

—¡Ah!—repuso Clara sonriéndose—no sé precaver los males con tanta anticipación. Entre otras muchas que había para alquilar, hemos elegido esta casa. Es un poco cara y un poco grande para nosotros, pero á cambio de lo que nos cuesta hemos hecho ciertas economías, y en cuanto á lo grande, quién sabe aún lo que puede suceder... Si tuviéramos más hijos. ¡Mira, ya lo sabes; yo no he hecho ningún voto para no tenerlos! En cambio he hecho voto de amar á mi marido y así no es fácil

evitar que la casa resulte algún día pequeña. Pobre Camila, mis palabras te escandalizan; debería ser más reservada en presencia de solteras como tu. ¿No es así? ¿Pero después de todo, me parece que no digo tantas enormidades?

—¿Enormidades? ¡no!... pero no es necesario hablar-me de cosas que no me importan.

—¡Vamos, Camila, no seas así! ¿Hay cosa más natural en el mundo que la familia? ¿Hay nada más sagrado? ¡Te aseguro que á mí no me avergüenza ser madre! Cuando veo pasar á una mujer con un hombre que lleva el hijo en sus brazos, me digo: He aquí unos seres felices; ella tiene un buen esposo, el niño está bien atendido, y estos niños llegarán á ser padres. ¿No es esta una ley natural?

Pablo se retiró de la ventana, sentándose al lado de las jóvenes; el niño vino á apoyarse en sus rodillas esforzándose para subir á ellas.

¿Qué quieres?—le preguntó su padre.

—¡Aupa!—respondió el niño en seguida.

—Es la hora de la equitación; van ustedes á ver cómo monta á caballo mi hijo—dijo Pablo á las mujeres.

Félix sobre las rodillas de su padre ejecutó cuantos ejercicios de alta escuela le fueron posibles; después de un rato, pasó á los de trapecio, subiéndose por los brazos y los hombros de su padre.

Llegó la noche; el exceso de gas de los teatros vecinos alumbraba tanto la estancia que la luz de la lámpara no podía servir de gran cosa: la hermosa figura de Brécart, su talle elegante se dibujaban de una manera admirable sobre el obscuro fondo; reía con toda su alma

las cosas de su hijo, provocándole de continuo para que hiciese travesuras; el niño poníase de pie, á cuatro patas, se sentaba, cogíase á su pelo; y cuando se cansó de jugar fué en busca del regazo materno, y Pablo se acercó á la ventana, con el traje en desorden, el cabello despeinado, dándole un aspecto menos serio y más joven. Camila volvió á verle tal como le había conocido y el corazón le latió con espanto.

Hablaba bien y de todo; su conversación sólida con los que eran sus iguales, sabía prestarse á las facultades de sus interlocutores; supo distraer é interesar á Camila durante una hora; teniéndola suspensa de sus labios sin saber lo que le decía; la música de su voz, la gracia de sus palabras, bastaron para encantarla. Después y de repente reinó el silencio.

—¿Duerme?—preguntó el padre acordándose de su hijo.

—¡Como un plomo!—repuso la esposa;—déjame pasar, para llevármelo.

—Pesa mucho—añadió Pablo.—Dámelo, yo le acostaré.

Cogió al niño en sus brazos y se lo llevó con cuidado á otra habitación.

Como tardase en volver, Camila hizo un ademán violento.

—Tengo que marcharme—dijo.

—¿Ya? ¡Aun no son las diez!

—En mi casa nos acostamos muy temprano, Me voy.

—No te irás sola. Los domingos por la noche hay mucha gente por las calles y de todas clases.

—Estoy acostumbrada á ir sola; no tengo miedo. ¡Adiós!

—Mi marido te acompañará; espera que acueste á Bebé: no ha de tardar mucho en volver.

Camila volvió á sentarse: la idea de volver á ver á Brécart, la dejó sin defensa. Al cabo de un momento regresó Pablo; su mujer le dijo que había dispuesto de él, y en seguida cogió el sombrero para salir.

—Hasta la vista—dijo Clara abrazando á la joven.— Ven cuando quieras; á la hora de comer nunca salimos, al menos yo; alguna vez mi esposo come fuera, pero son muy contadas.

Cuando abría la puerta de la escalera, Pablo la abrazó besándola en la frente.

—Volveré en seguida—dijo, y salió en pos de Camila.

En el momento en que pisaban la calle, Camila le preguntó:

—¿Se despiden ustedes tratándose de una separación tan corta?

—¡Aun que no sea más que para ir á la bodega—repuso el joven; no se sabe cuando llega el término de la vida y me sería muy doloroso no volver á ver á mi esposa sin haberla antes abrazado. Señorita, ¿quiere usted apoyarse en mi brazo?

Camila tomó en silencio el brazo que Pablo le ofrecía, y se pusieron á caminar á lo largo del muelle.

V

El Sena deslizaba sus aguas con rapidez encajonado entre sus elevadas márgenes; con sus tintes sombríos en donde los reverberos reflejaban algunos destellos de su luz; los barquichuelos iban y venían como animales fantásticos, alejándose ó arrimándose á los pontones con pesados movimientos y sus faroles blancos ó rojos se reflejaban á lo lejos sobre las aguas del río, como si fuesen luces de bengala. El París fluvial, banal durante el día, tomaba por la noche misteriosas apariencias; á través de los arcos de los puentes de hierro, bajo las pesadas arcadas de los de piedra, se prolongaban las sombras que parecían llegar hasta lo infinito; las masas de arquitectura se reflejaban sobre el río casi fosforescente, y por encima de todo esto resaltaban los grandes álamos de las riberas con sus espesas copas verdes. A medida que uno se separaba del Puente Nuevo, remontando el Sena, hallaba una calma relativa, la navegación era más escasa, las orillas menos anchas, y el misterio desaparecía.

Sin embargo, á lo largo de los muelles de la isla de San Luis, se alineaban las viejas casas con su aspecto macizo y tétrico; sus extrañas fachadas, con ventanas muy irregulares, escapándose por ellas el resplandor de